

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

En la playa.



Pilla

—No es tu mujer, hombre.
 —¡Que sí es, canastos! ¡Lo sabré yo!
 —Pues, hijo, aquellas pantorrillas no parecen las tuyas.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El sueño de un ciclista, por Juan Pérez Zúñiga.—Nuevo sistema, por Fiacro Yráyoz.—Ciclomanía, por Ricardo Monasterio.—Sinesio, por *Clarín*.—Humoraditas, por Federico Canalejas.—Mr. Cornichón por Mariano Martínez Mediano.—Menudencias.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: En la playa.—Las víctimas.—Los que se quedan (seis viñetas).—Sinesios (doce viñetas).—España cómica: Castellón, por Cilla.



DE TODO UN POCO

No basta que las empresas de ferrocarriles establezcan billetes económicos de ida y vuelta á las principales playas del reino.

Á pesar de la baratura de los trenes, hay muchas personas en Madrid que aspiran á hacer el viaje de balde, y buscan recomendaciones para los conse-

jeros de las Compañías, para el director, para el secretario, para el guardaaguja; para alguien, en fin, que pueda servirles.

Aquí abundan los pedigüños de todas clases. Son éstos unos seres que se dedican á solicitar favores, con menoscabo de su dignidad, y no tienen el menor reparo en molestar á todo el mundo, á trueque de conseguir sus propósitos.

Sé de una familia que asiste á todos los teatros gratuitamente y viaja de balde y busca recomendación hasta para el caso siempre que tiene que alquilar un cuarto. El jefe de esta familia es de los que le dicen á uno:

—¿No podría usted pedirle á Sinesio Delgado cuatro butacas para Apolo?

—No, señor.

—¿No es director artístico?

—Lo es.

—Pues entonces...

—¡Ah! pero ¿cree usted que los directores artísticos tienen la misión de dar butacas á todo el mundo?

Este mismo sujeto me decía hace poco:

—¿Conque se va usted de viaje?

—Sí, señor.

—Por supuesto, ¿á usted no le costará nada el tren?

—¿Y por qué no?

—¡Hombre! Usted tendrá amistades en los ferrocarriles.

No tengo más amistad que la de Matoses y la de una tía de Montesino por parte de madre.

—Pues es una *primada* pagar el billete. ¡No faltaría más! Mire usted, yo me voy todos los años con mi familia y me sale el viaje por una friolera. Un año nos fuimos todos en el coche-correo, porque teníamos amistad con un ambulante, y cuando llegaba el revisor nos escondíamos detrás de las sacas. Otro año pude conseguir que me dieran una concesión á cuarta parte de precio, y el año pasado fuimos todos pagando por la tarifa del ganado lanar.

¿Y cómo se hace eso?

—Muy fácilmente. Se toman billetes de borrego y después se capta uno las simpatías del revisor para pasar á primera.

Algunas personas no se explican que nadie compre billetes de ferrocarril á precio de tarifa. Cuando no pueden obtener pases gratuitos, buscan una concesión de mejora de clase y toman billetes de tercera para ir en segunda, ó se facturan como besugos frescos, y después hacen el viaje en berlina-cama.

Yo he hablado con un consejero de ferrocarriles que se ve y se desea para librarse de peticiones en estos días.

Uno le escribe solicitando un pase para siete personas; y un lorito; otro se le mete en casa y allí se está las horas muertas, hasta conseguir una concesión á mitad de precio.

—¡No es posible!—dice el personaje.—Las Compañías han acordado no conceder favores á nadie absolutamente.

—¡Vaya, D. Waldino! Sea usted generoso—replica el pedigüño.—Yo lo único que pido es un pase para mí y otro para mí señora; mi cuñada podrá ir á cuarta parte de precio, porque abulta poco. Tiene treinta y ocho años, pero no representa arriba de cinco y medio.

No todos los que piden billetes de favor son personas necesitadas.

Hay hombre que vive de sus rentas y, sin embargo, no quiere pagar billete entero en el ferrocarril, y revuelve á Roma con Santiago y molesta á los amigos, y llega á escribir cartas del tenor siguiente:

«Teniendo que salir de Madrid el jueves con mi familia, que está muy delicada, ruego á usted me conceda una autorización para viajar en clase de empleados de la línea.

No dudo que, tratándose de un correligionario, querrá usted concederme este favor, pero si así no fuese, anuncio á usted que estoy dispuesto á retirarme del partido y á irme con Silvela.»

El número de peticiones es extraordinario; en las oficinas de la Compañía se reciben cartas á docenas, y los consejeros tienen que andar por ahí recatándose el rostro para que no les conozan los pedigüños y les acometan en la calle.

Con tal de no pagar el billete, hay personas capaces de todo.

Díganlo, si no, Rodríguez y su esposa, que se metieron en el tren de Asturias el verano anterior, disfrazados de guardias civiles; pero al llegar á Busdongo, á la señora de Rodríguez se la despegó el bigote con la humedad, y fué descubierta la superchería.

—¡A la cárcel!—gritaba el revisor.

—Vamos adonde usted quiera—contestaba la señora. ¡Y que me quiten lo viajado!

Ortega Munilla, el brillante escritor que ha vivido algún tiempo alejado de las letras, acaba de publicar una novela deliciosa.

La viva y la muerta—así se titula su nueva obra—es una interesantísima narración que conmueve en muchas ocasiones, y en otras conforta el ánimo y lo eleva.

Siempre he creído que Ortega Munilla era un excelente novelador—como ahora se dice,—pero *La viva y la muerta* se ha sobrepuesto á cuantas obras han brotado de la brillante pluma de mi querido amigo.

No por serlo le ensalzo en esta ocasión, pues yo tengo amigos que escriben muy mal, y cuando publican alguna majadería, les retiro el saludo inmediatamente.

Luis Taboada.

EL SUEÑO DE UN CICLISTA

Se acostó Juan Zamora con su esposa Enriqueta después de haber corrido en bicicleta desde Pinto hasta Lora y desde Castejón hasta la Algaba, tocando en Lugo, en Murcia y en Pozuelo, no sin medir el suelo con la espina dorsal que disfrutaba. Y mientras su costilla no podía dormir la pobrecilla, porque había tomado café moka con poca azúcar y con un amigo cuyo nombre no digo, su esposo, hecho una roca, tuvo una pesadilla horripilante que voy á referirte en un instante.

Se vió don Juan en sueños nuevamente correr sobre su máquina excelente. Tomó por manivelas, ó guías (que no sé cuál es su nombre) las dos orejas de la pobre esposa, ¡cuidado con el hombre! y como, en su carrera presurosa, de estirar y aflojar no se rendía,

las puso del color de la sandía.

Sonaba á puntapiés el majadero
creyendo que movía los pedales,
y al echarse á rodar por un sendero
la llenó á su mujer de cardenales.

Viéndose maltratar por su marido,
dijo Enriqueta en tono plañidero:
«¿Qué haces, Juan? ¿Lo has sabido
y me zurras á fin de que me pese?
¡Perdóname, querido!
¡No volveré á tomar café con ese!»
Nada de esto oyó Juan, que como un leño
proseguía su sueño.

Siguiendo la carrera imaginada,
se interpuso una mula en el camino
de Juan, que con la fuerza ya tomada
arrolló al animal con tan buen tino
que el ciclista y la mula
rodaron por el suelo. ¡Tú calcula
cuál sería la escena!
Y acabó de don Juan la pesadilla
por soñar que al caer sobre la arena
se le había partido una costilla.
Despertó al buen Zamora aquel *sopapo*
y cayó desde el catre hecho un guñapo,
empujando á la vez á la consorte,
que quedó sobre el piso como un sapo.

Mas lo bueno es que no resultó grilla
lo de habersele roto la costilla,
pues al pobre Zamora,
con *golpazo* tan rudo,
se le había hecho añicos la señora.

Y aquella pesadilla endemoniada
no fué para don Juan aún más pesada
gracias á que tenía algo de engrudo
debajo de la almohada,
y pegó á su señora como pudo.

Esto es lo que pasó, lector querido.
Si su breve relato
distraerte un momento no ha podido,
perdóname, por Dios, este mal rato.
¡De hinojos te lo pido!

Juan Pérez Zúñiga

Nuevo sistema.

Á vosotras, oh jóvenes y viejas
que andáis mal de pestañas y de cejas,
os voy á proponer, en el momento,
un nuevo y singular procedimiento
por el cual, sin embustes ni patrañas,
podéis poner os cejas y pestañas.

La noticia, si no recuerdo mal,
la trajo antes de ayer *El Imparcial*;
pero ya que no tuve esa primicia,
voy á daros en verso la noticia.

¿Que estáis ensimismadas y perplejas
por saber cómo salen nuevas cejas,
y sentís emociones muy extrañas
por saber cómo crecen las pestañas?

Pues oíd el sistema sorprendente,
que copiado á la letra es el siguiente:

Enhebrad una aguja de coser
con un pelo muy fino de mujer
y en seguida cosed, de dentro afuera
los párpados pelados, de manera
que sean las puntadas tan sencillas
que resulten en forma de presillas.

Se forman de este modo unos ojales,
que es preciso que sean muy iguales,
y aplicando después una tijera
á los huecos que quedan en hilera,
obtendrán al cortarse así los pelos
dos pestañas que sirvan de modelos.

A fin de que la luz no les ofenda,
se coloca un unguento en una venda,
se lo aplica usted bien, y al otro día
ó tiene usted pestañas... ú oftalmía.

Yo no sé si será perjudicial
la receta que indica *El Imparcial*;
pero sean ó no consejos sanos,
por si acaso, me lavo yo las manos,
porque ya que no tuve la primicia,
no puedo responder de la noticia.

Fiacro Uráyzoz.

Ciclomanía.

Á CARLOS ARNICHES, CELSO LUCIO Y SANTIAGO GASCÓN

He sabido el otro día
por circunstancia casual
que, siguiendo la manía
temporal,
que ya aquí á nadie respeta,
aprendiendo estáis los tres
á montar en bicicleta
ya hace un mes.
En cuyo tiempo he sabido
que logré vuestro desvelo
hacer más de un recorrido...
por el suelo;
pero que los tres al fin,
despreciando cardenales,
manejáis desde el *sillín*
los pedales,
aunque también me he enterado
que, por lo que ocurrir pueda,
lleváis un *práctico* al lado
de una rueda;
precaución que considero
causará risa vanal
á algún bravo compañero
de pedal.
Los que se rían, dejadlos,
que es buena la precaución,
mi queridos Celso, Carlos
y Gascón.

Aunque lo mejor sería,
en mi modo de pensar,
que dejaseis la manía
de montar,
de montar de esa manera,
porque á montar de otro modo
yo también, como cualquiera,
me acomodo.

Que es ejercicio valiente,
higiénico y superior;
pero, chicos, francamente,
vuestro sport
nada tiene de bonito
ni de higiénico y formal,
aunque lo afirme *Juanito*
de Pedal.

Y con esto ya lo dejo.
Pensad bien en lo que digo
y que el consejo es consejo
de amigo.

Aunque me lleve *Pateta*,
y quiera llevarme pronto,
yo no monto,
yo no monto... en bicicleta
¡No soy tonto!

Ricardo Monasterio.

LAS VÍCTIMAS



—Yo entraría en Madrid montado en la máquina, pero... ¡vaya usted á saber qué artículo del Código penal me echará el gobernador encima!

Los que se quedan.



—Por mí, con que el vino esté fresco... ya pue apretar el sol too lo que quiera.

—Cerradas las Cortes y en calma la política, hay que llenar el periódico con artículos instructivos y amenos. Ya no me puedo separar en todo el verano de Larrouse.

—Ahora es la mía, que se van los chicos de la aristocracia y se quedan las marquesas solas, deseando alternar con personas de gusto...



—¡Biarritz! ¿Qué más Biarritz que las sillas de Recoletos, donde todavía la llaman á una *pimpollo rico* los señores formales?

—Por fuerza me han de estrenar todas estas obritas antes de Octubre. Porque en los teatros de invierno me han dicho: —Déjela usted para el verano... guárdela usted para el verano...

—Yo me bañaría en el mar de muy buena gana. Pero... ¿y si me agarra un cambaro y me echa á perder las narices?



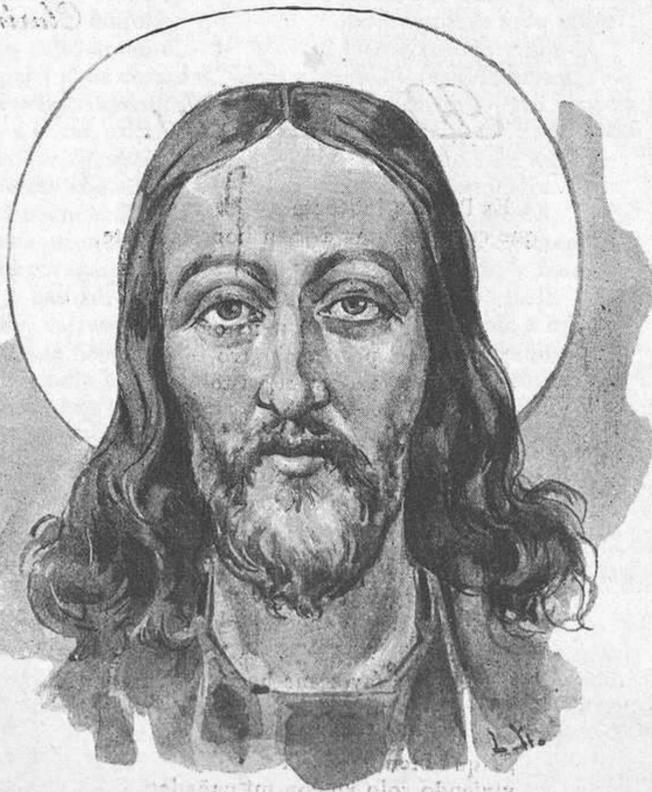
No se trata del mártir oscuro, compañero de Teopompo, ni de otro buen cristiano, santo también, cuya fiesta celebra la Iglesia el 12 de Diciembre. Tampoco se trata de Sinesio Delgado, mártir de las letras bajo la tiranía de la *Correspondencia particular*, donde no le libra el mosquito de la gracia de las picaduras de tanto cinife literario. Hablo de Sinesio de Cirene, obispo ilustre de Africa, escritor griego insigne, poeta, novelista, héroe tal vez, buen hermano, buen esposo, buen padre y excelente prelado.



Nació en Cirene, cerca del Mediterráneo, enfrente de aquella Grecia que había de conquistar la mitad de su alma para Platón, mientras la otra mitad se entregaba á Cristo. Vino al mundo al mediar precisamente el siglo IV y vivió



casi todo el primer tercio del siglo V, pues murió en 431, de ochenta y un años. A los diez y nueve, tan despabilado era, el



mozo, fué elegido por sus conciudadanos para presentar al emperador Arcadio una corona de oro, y con tal motivo recitó un discurso acerca del arte de reinar (*Peri basi leias*) que fué notable por la valentía y leal franqueza con que se daban en él consejos de buen gobierno.

En Constantinopla escribió una novela filosófica, que de fijo los Arimones de entonces encontrarían pesada, sin leerla, y se titulaba *El egipcio, ó de la Providencia* (*Aiguptios he peri pronoias*): Su pasión era por entonces el jefe de la Academia, que no vaya á creer Arimón que era D. Julián Suárez Inclán, sino el ilustre descendiente de Codro, el gran Arástoclés, á quien su maestro, el hijo de Fenaretes, puso el apodo de «ancho de espaldas». (Y aquí veo yo al *Brocense* del *Liberal* preguntar á Pulido de quién estoy hablando.) Fué Sinesio también discípulo y amigo de la famosa libre pensadora Hipatia, con quien mantuvo larguísima correspondencia, pero sin que ella, Hipatia, insinuase jamás mezclas de impuros deseos, ni aun de coquetería liviana, con aquellas disquisiciones aéreas y sublimes, propias del caso. Que ya en tiempo de Hipatia era cursi, ridículo y repugnante, que las mujeres *leídas* aprovechasen sus relaciones de sabiduría para descubrir en un corresponsal literario al varón constante.

Sinesio, pensando bien las cosas, hizose cristiano, sin renegar de Platón, con el cual quería armonizar el Evangelio. Creía en la inmortalidad del alma, pero no en la eternidad de las penas, en lo cual veo yo contradicción; porque siendo el alma inmortal, Arimón, que tiene alma, es inmortal; de otro modo, que aquí ó en el otro mundo, hay Arimón para rato, y esa es la eternidad de las penas; porque mientras haya Arimones, no habrá poesía, pero habrá moscas literarias y no cabrá felicidad completa.

No era Sinesio muy respetuoso con las cuestiones dogmáticas, lo cual no impidió que los de su tierra quisieran proclamarlo obispo, obispo de Tolomaide en la Cirenaica. Pero es el caso que, á la sazón, Sinesio ya estaba casado, y bien casado, y no quería separarse de su mujer.

Y así, escribía á un hermano: «Divido el tiempo entre el recreo y el estudio; cuando estudio, sobre todo si son cosas del cielo, me retiro dentro de mí mismo; para las diversiones soy el mejor camarada. Pero un obispo debe entregarse por entero á Dios... Yo tengo una mujer que el Señor me dió por mano de Teófilo, y declaro que ni quiero separarme de ella, ni acercarme á su lado á escondidas como un adúltero; quiero, sí, procrear hijos; muchos y virtuosos.»

Con estas disposiciones para el episcopado, no parecía lo natural que á él ascendiese; con todo fué obispo, conservando á su mujer como quería y teniendo hijos en abundancia. Tanto le necesitaban, que fué consagrado en 410, sin repudio.



Se levantó la mano y todos quedaron satisfechos. Obispo mejor no lo hubo. Defendió á su grey contra las crueldades de Andrónico, que introducía en aquella colonia griega suplicios y torturas allí desconocidos. Además, luchó como un valiente en pro de su rebaño contra los Bárbaros. El prelado, amigo de pasar las noches en vela estudiando el curso de los astros, oyendo el misterioso himno de las esferas, ahora velaba para espiar al enemigo y escuchar los pasos de sus nefandas correrías. Veía caer á los suyos bajo el hierro y el fuego de la barbarie, y él siempre en su puesto, como capitán de barco que se hunde, esperando morir sin moverse, en el puesto de peligro.

Creía en Dios, no creía en el infierno, aborrecía el dolor francamente, pero no lo rehuía cuando venía en forma de deber.



Alma noble, clara, leal, abierta, amaba la felicidad del mundo supeditándola á otra más alta. Cogía flores en la tierra para presentarse con un ramillete digno de la Virgen en el Paraíso.



No pedía torturas, no pedía suplicios, no pedía pruebas terribles de desengaños y penas, como otros más santos que él y otros más hipócritas; colocado en simpático término medio de idealidad, especie de *Horacio*, de Cristo y de Platón, poseía en la virtud cierta *aurea mediocritas* que cantó con gracia, soltura, alegría y piedad menos sublime que sincera. No era un San Gregorio, pero era un Sinesio algo original, franco, abnegado, sin pretensiones de as-

ceta. «¡Es necesario, exclama, que ofrezca por mis fieles el sacrificio de mi vida? En buen hora.» Algo más digno de su cargo que el también franco y noble y simpático Montaigne, Sinesio se portaba mejor (siempre al lado de los suyos) que el autor de los *Ensayos*, alcalde de Burdeos, que no volvía á tiempo á su ciudad á morir si era preciso á los rigores del contagio de la peste que diezaba á su pueblo. Pero algo ha de haber de un alcalde á un obispo.

El buen prelado, que, por la eficacia de su ejemplo, animó el valor de su rebaño, que supo rechazar al lobo que amenazaba el redil, no se preciaba de convertir su misticismo en imán de los dolores; no atraía su piedad el rayo de la pena edificante; quería la virtud en la dicha á ser posible, y en sus himnos canta su fe, sus esperanzas, y su deseo de felicidad humana lícita y honesta. Es un Horacio religioso, repito.

La virtud de los grandes ascetas, de los místicos superiores, de castidad absoluta, enamorados del dolor que los prueba, *que mueren porque no mueren*, es acaso por su misma elevación, por lo *inasequible* para la *plebe moral*, de ejemplo menos eficaz que esta otra virtud menos alta, pero también edificante y pia, que se ofrece, no en cúspides abruptas, sino en floridas colinas, para las cuales se ve camino, arduo, sí, pero no imposible. Esta vida buena, que si no es la buena vida tampoco es el *camino de cabras*, único del cielo según muchos, tiene cierta simpática moral que la hace atractiva, insinuante.

Por eso no vemos un *heclonita* ni un *saduceo* en el obispo africano cuando canta:

«A los acentos dóricos de las cuerdas templadas sobre la ebúrnea lira, elevaré mi voz canora, por tí, beato Inmortal, hijo glorioso de la Virgen.

Consérvame días exentos de males, ¡oh rey!; una vida cerrada al dolor día y noche. Que brille en mi alma una luz emanada de la fuente espiritual; da á mi juventud el vigor de un cuerpo sano y robusto y la gloria del bien obrar. Concédeme, años prósperos hasta la vejez alegre, aumentando en mí la prudencia con la salud.

Oh inmortal, consérvame al hermano que por mí arrancaste á las sombras en el dintel de la muerte...

Consérvame también á mi hermana y esta abundancia de hijos pequeños. La compañera de mi hogar sírvame siempre sana, siempre fuerte y alegre; ámela yo siempre en santo himeneo, inviolable y puro, y ella á mí, inaccesible á cualquier deseo culpable.»

Así ama y desea conservar la dicha legítima de la tierra este obispo casado y lleno de hijos; pero bien seguro de amar á Dios sobre todas las cosas, de aspirar al cielo como á un norte fijo.

«Grande esfuerzo cuesta, así canta, levantar el alma con las alas de los celestiales deseos. Sostén tal esfuerzo con el ar-



dor que te lleva, alma mía, á las cosas de la inteligencia. El Padre celestial se te mostrará más cerca, tendiéndote la mano.

Un rayo precursor brillará sobre el camino y te abrirá el horizonte ideal, fuente de la belleza. Valor, alma; beberás en las fuentes eternas; sube con la plegaria hacia el Creador, no tardarás en dejar la tierra. Bien pronto, uniéndote al Padre, serás *dios* en el seno de Dios.»

Como se ve, nuestro Sinesio, aunque obispo casado, no es como nuestros *obispos de levita*; es un verdadero sacerdote de la Iglesia de Cristo, un ortodoxo sucesor de los Apóstoles, con familia como algunos de ellos, cuidadoso de las cosas celestiales ante todo, pero también atento á los legítimos bienes de la tierra, á los del amor, no á los de la codicia. Recuérdanos algo á nuestro Alejo Venegas, teólogo laico, casado místico...



La virtud cristiana se encuentra también en esta *difícil facilidad* de una vida no ascética, pero sí pura, noble, de idealidad siempre immaculada.

¿Qué más? Otro santo varón, Efrem de Edessa, escritor de Oriente, cristiano, enamorado del amor cristiano, discípulo de San Basilio, pobre, humilde... todo caridad... era un gran litigante, vivió mucho tiempo entre litigios... y era un bendito.

Sí, no me cabe duda, hay de todo en el cielo. Hay santos de muchas clases. De lo que no se sabe, es de ningún santo hipócrita.

No hay santos *mestizos*.

Yo de mí sé decir, que para encaminarme al bien, desde las profundidades del pecado en que vivo (como Cánovas y Pidal y el director de *El Siglo Futuro* y el de *La Unión Católica*, etc., etc., más ha podido el ejemplo de un Sinesio, acaso, que el vuelo de las águilas caudales de la santidad...

Sinesio de Cirene *anda*, no vuela, hacia la vida beata...

Y francamente, si está de Dios que yo llegue á ser obispo, que sea, como Sinesio, rodeado de mi mujer, de mis hijos, de mi padre, de mis hermanos y hasta de los lectores de MADRID COMICO.

He de ser obispo de estos y he de escribir todavía *Paliques*.

Más vale ser así que obispo de levita... sacrificando á Dios la esposa... la prole...

Y quedándose con la *querida*.



Clarín.

Humoraditas.

Es Paz tan inocente
que cree que ama á Juan honestamente.

El tabaco y las mujeres
no se diferencian mucho:
marea el primer cigarro,
pero se le toma el gusto!

Es tu corsé, Enriqueta,
la excepción del refrán ese que dice
que aquel que mucho abarca poco aprieta.

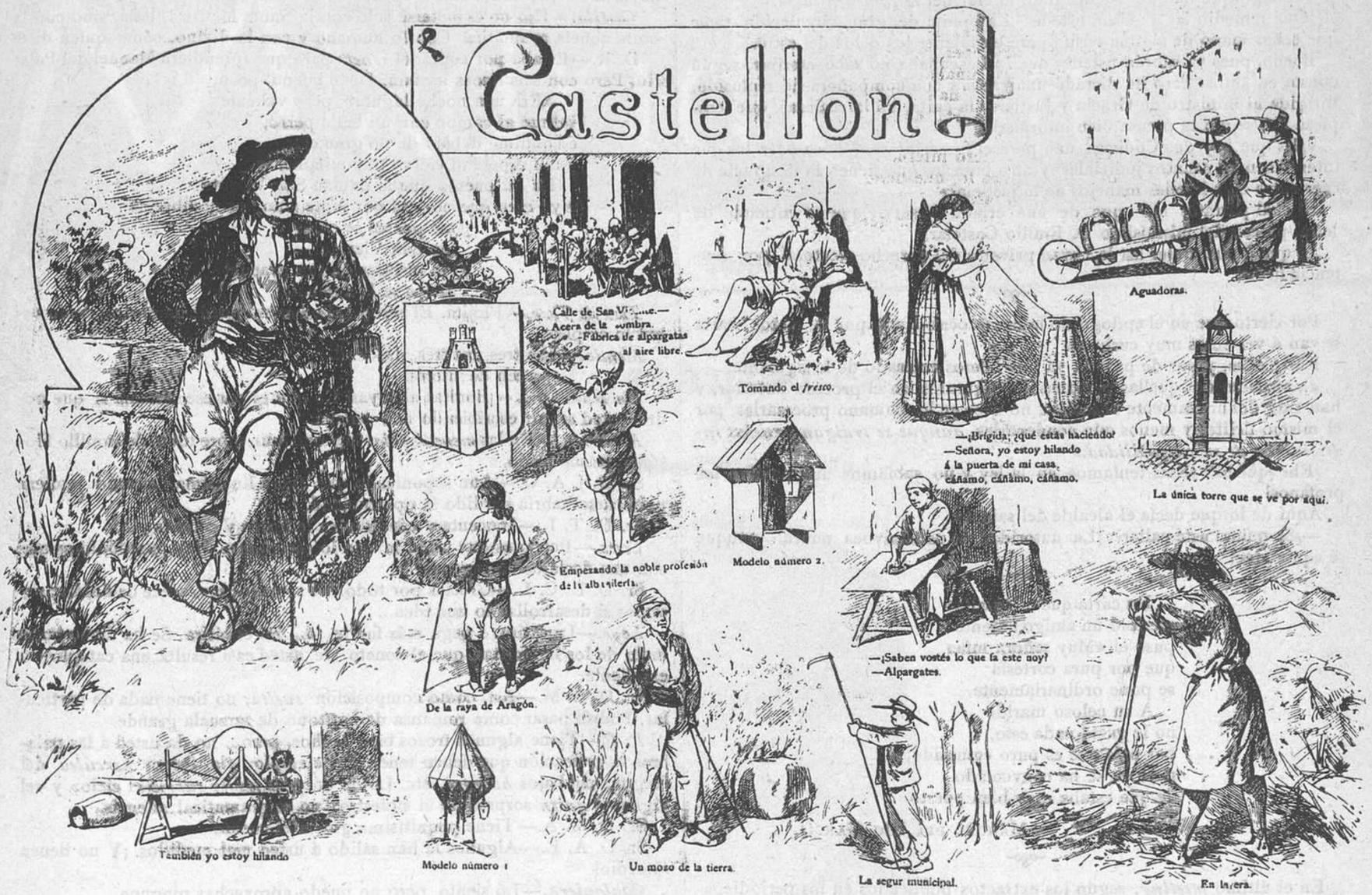
¡Dios me libre de las feas,
que librame de las guapas
eso corre de mi cuenta!

¡Ay, qué favor me haría
fugándose mi esposa cualquier día,
sola ó acompañada!
¡Y qué bien quedaría
viviendo solo yo con mi cuñada!

Federico Canalejas

ESPAÑA CÓMICA.

Castellón



Mr. Cornichón.

(PENSAMIENTO DE ARMAND SILVESTRE)

¡Pobre monsieur Cornichón,
aquel torero landés
que fué en un tiempo y aún es
objeto de admiración!
Hombre cariñoso y bueno,
y en cuanto á genio y figura,
de varonil apostura
y de corazón sereno.
Se burló en el redondel
de los más fieros bureles;
nadie ganó más laureles,
pues nadie saltó como él.
¡Qué empuje! ¡Qué corazón!
¡Cómo el peligro arrostraba!
Y puesto á saltar, saltaba
la columna de Vendom.
Daba piruetas violentas
tan ligero como el viento,
y saltaba en un momento
las atroces cornamentas.
Sin capa y casi sin ropa,
iba, tomaba carrera,
y se saltaba la fiera
como quien toma una copa.
De dinero no hay que hablar:
ganó el torero landés
millonadas, que así es
como se debe ganar.
Y colmada su ambición,
satisfecho de su suerte,
joven, muy rico y muy fuerte,
tomó una resolución.
Dió á todo su adiós postrero
y, realizando su idea,
se fué á vivir á una aldea,

á comerse su dinero.
Mas pronto la vida ociosa
le causó tedio y pensó:
¿Me casaré? Y se casó
con una chica preciosa.
¿Fué feliz? Nadie lo sabe:
sólo si cabe afirmar
que en el seno de su hogar
debió ocurrir algo grave,
pues de allí á los pocos meses
volvió con más vivo ardor
á torear la nata y flor
de los toreros landeses.
¡Qué ansiedad! ¡Qué expectación!
Fué para el público un cebo
poder aplaudir de nuevo
al famoso Cornichón.
Ágil, valiente, gentil,
su *reprise* hizo el torero,
y lento, pausado y fiero
salió el toro del toril.
Se miraron frente á frente
algún tiempo prolongado,
y ¡oh suceso inesperado!
¡terrorífico accidente,
fiero, inaudito, cruel,
que causa espanto y respeto!
Cornichón quedóse quieto
y el toro le saltó á él!

El suceso dió que hablar,
pues produjo sensación,
y ya se pudo explicar
lo que ocurrió en el hogar
de monsieur de Cornichón.

Mariano Martínez Mediano.

Menudencias.

Luis, que es un pintor de historia,
tomó ha poco una criada,
muchacha recién llegada
de la provincia de Soria.

Ella, aunque paleta, es lista
y de hermosura un portento,
y ganar supo al momento
la voluntad del artista.

Y Luis, que antes ni una hora
al trabajo dedicaba
y la vida se pasaba
en el café, desde ahora
quiere llegar á la meta,
en fiebre de arte se abrasa
y todo el día se pasa
agarrado á la paleta.

JAVIER LUCENO.

¿Dices que eres un mero aficionado
á escribir poesías?
Pues te has equivocado,
¡si dijeras atún... acertarías!

ABRAHAM LIMORTI

—Ya sé que Paca es soltera.
—Pero ¿lo sabes de fijo?
—¡Como que me lo ha jurado
por la salud de su hijo!

VICENTE DE AYTA.

Me ha dado calabazas Enriqueta
porque no sé montar en bicicleta:
¡cuando creía yo que ese adminículo
nos ponía á los hombres en ridículo!

ALBERTO DE OJEDA.



CHISMES Y CUENTOS.

Supongo que habrán ustedes oído hablar del *testamento falso*.
¿Qué remedio les queda á ustedes? La prensa de gran circulación tiene que echar mano de alguna cosita para entretener los ocios del estío.

Bueno, pues ya sabrán ustedes que la Bascuñana no sabe escribir, según consta en autos. Pero ha dictado una carta á una compañera de reclusión, dirigida al ministro de Gracia y Justicia (la carta, no la reclusa), que empieza así, según la prensa bien informada:

«¿Es que hay dos Códigos, uno para el fuero interno, ó sea para los que intervienen en asuntos judiciales, y otro para los que tienen la desgracia de caer entre esos hábiles manejos de la justicia?»

El cual párrafo, más que de una criada de servir que no entiende de letra, parece del mismísimo D. Emilio Castelar.

¡Y que á una mujer así le hayan privado del derecho electoral por sentencia firme!

Por cierto que en el epílogo de la causa ocasionado por la citada carta se van á ver cosas muy curiosas.

Entre ellas, y por de pronto, ya nos hemos enterado de lo siguiente:
«...respecto de aquellas personas que figuraron en el proceso anterior, y han sido definitivamente absueltas, no cabe en lo humano procesarlas por el mismo delito, y menos aún condenarlas, aunque se traigan pruebas indiscutibles de su culpabilidad.»

¿Eh? ¿qué tal? ¡Esas teníamos en la ley y no sabíamos una palabra los profanos!

Aquí de lo que decía el alcalde del sainete:
—¿Se quiere usted callar? ¡La autoridad no se equivoca nunca... aunque se equivoque!

En carta que á Rosalía escribió un amigo ausente puso el «Muy señora mía» que por pura cortesía se pone ordinariamente.

A su celoso marido no le gustó nada esto, por más que es puro cumplido; pero ya se ha convencido de que estaba muy bien puesto.

MANUEL DEL RÍO GARCÍA.

En el último *meeting*, según los extractos publicados en los periódicos, se levantó un *compañero* y dijo:

«¡Por cada gota de sangre de obrero que se vierta morirán cien guardias!»

Muchos guardias me parecen.

Porque con un ligerísimo rasguño puede verter cualquier obrero veinte gotas de sangre. ¿Y dónde vamos á encontrar dos mil guardias para matarlos?

¡Habrá que hacerlos primeramente!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. P.—Tengo precisión de escribir á usted, y se me ha extraviado la carta en que constaban las señas de su casa.

Castila.—Eso no es meterse sólo con la Santa Madre Iglesia, sino con la santa abuela gramática. Con lo humano y con lo divino, como quien dice.

D. R.—Estaba por copiar el *soneto* para que aprendiera Manuel del Palacio. Pero con seis líneas bastará. De lo bueno, poco:

«Era una noche lúgubre; pero valiente
salime al campo con mi bello perro,
escondime debajo de un gran cerro
y allí esperé al ciervo tranquilamente.
En mi pueblo que le llaman San Vicente
y yo creo que no será por mote sino por nombre...»

¡Qué poetas se crían

en San Vicente!

¡Qué inspiración tan grande!

¡Dios se la aumente!

Tiso de Taso.—Flojita. El verbo *sobornar* no puede emplearse como usted lo emplea.

Mendo.—Las tres, las tres, ¡las tres!
carecen de interés.

Un manchego.—¡Bonitas aleluyas! Lo que es por ese sistema sí que podría usted seguir escribiendo una semana.

Robinson.—En las *menudencias* hay que huir, sobre todo, del tonillo filosófico trasnochado.

Sr. D. J. A. O.—Aun suponiendo que fuera lindísima, cuando pudiera publicarse habría perdido la oportunidad.

Sr. D. T. L.—Inocente y cándida, en la forma y en el fondo.

Cesto.—Bueno es que usted mismo lo reconozca. ¡Hay pseudónimos que son una declaración ingenua!

Sr. D. R. C. L.—Gracias por todo. El romance no carece de fluidez; veremos si desarrollando una idea...

Laye.—La sátira, ó pega más fuerte, ó... no es sátira. Se ha dicho tanto malo de los hipócritas, que el soneto de usted casi resulta una cataplasma emoliente.

Sr. D. R. M.—Así, como composición *suelta*, no tiene nada de particular. Podría pasar como romanza de barítono de zarzuela grande.

P. P.—Tiene algunos trozos bien hechos, pero... no da usted á las palabras la aplicación que deben tener. Por ejemplo: «la fuerza *hercúlea* del fuego», «trabajos *hueros*», etc. Lo de «negras nubes *cubrió* el cielo» y «el vigilante *quien* sorprendió el siniestro» no es gramatical además.

Sr. D. M. A.—Tiene poquísima gracia el cuento.

Sr. D. A. E.—Algunos le han salido á usted mal medidos. ¡Y no tienen remedio!

Cualquiera.—Lo siento, pero no puedo aprovechar ninguna.

Mohamed-ben-Abdallah.—Pero, respetable moro, ¡si eso no tiene gracia!

El gladiador de Rávena.—El soneto, en la forma, es regularcillo. El asunto es, además de serio como usted sospecha, vulgar en demasía.

Cencerrito.—Lo cual que esos cantares también ¡ay! son vulgares.

Mecachitis.—Lo de los puntos suspensivos parece un reclamo, y ya que alguna vez se cuelen los *de casa*... Lo de la carambola es una vulgaridad muy grande.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPAHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º